

Introducción

A nadie sorprende hoy la afirmación de que Asia, y particularmente China e India, son dos motores cada vez más influyentes de la economía mundial. Mientras que los países occidentales están saliendo de una profunda crisis, enfrentándose a una ralentización del crecimiento, los dos gigantes asiáticos siguen teniendo una tasa de crecimiento que al finales de 2009 regresó a niveles del 10% para China y del 6% para India. Es para explorar en detalle este fenómeno. El presente número de la *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* ofrece un marco de estudio de los riesgos y oportunidades que supone este drástico cambio en Asia, para España, los países de la OCDE y el resto del mundo. Estos riesgos y oportunidades se abordan atendiendo a su vertiente económica (comercio, inversiones y cooperación científica), medioambiental (cambio climático y seguridad ambiental) y política y de seguridad (reflexiones entorno al fin del unilateralismo de Estados Unidos y la creciente importancia militar de China). El monográfico se completa también con dos estudios más específicos, dedicados a los conflictos étnicos del nordeste de India y al complejo proceso de construcción de la Indonesia contemporánea.

En este sentido, la primera parte del monográfico se concentra en los riesgos y las oportunidades que aparecen en el ámbito económico, y sus efectos tanto sobre los países europeos (incluida España) como a escala mundial. En el capítulo que abre esta edición especial, Amadeo Jansana nos brinda un completo panorama de la emergencia de las economías asiáticas y su creciente competitividad, que parte de la constatación de que China se ha convertido en la nueva fábrica del mundo, con una revolución industrial solamente comparable a la de Manchester, en Inglaterra, hace más de dos siglos. En su artículo, nos relata como siguiendo los pasos de Japón y Corea del Sur dos décadas atrás, China ha llenado el mundo con sus exportaciones, pero también ha incrementado su producción industrial de mayor contenido tecnológico. El autor muestra que parte de Europa, España inclusive, queda muy atrás en comparación con Japón, Corea del Sur y Estados Unidos en el ámbito de la Investigación y Desarrollo (I+D). De hecho, el gasto en I+D en relación con el PIB es en estos casos más comparable con el de China, un país (todavía) en desarrollo. En Europa tan sólo los países nórdicos pueden competir a este respecto. Es justamente en la “economía del conocimiento” donde Europa debe distinguirse, pero aún falta dar los pasos necesarios en términos de inversiones en I+D y capital humano en general, para que esta estrategia sea realizable. En comparación con China, India es

un caso diferente, menos industrializado, pero con más desarrollo complementario desde el punto de vista europeo. Por ello los empresarios españoles acostumbran a ver menos “peligro”, y más oportunidades, en India que en China. En su análisis Jensana muestra, por ejemplo, la gran diferencia existente en horas de trabajo entre las capitales de Asia Oriental y del “viejo continente” (comparando Shanghai y París). Aunque la productividad es bastante más alta en Europa, las diferencias horarias de trabajo y de vacaciones en Asia son reveladoras. El autor presenta una visión optimista en la que las oportunidades superan a los riesgos, gracias a la ventaja que Europa tiene en campos como el diseño, el *management*, las finanzas y, *last but not least*, el turismo, aprovechando los nuevos flujos de turistas chinos a Europa. Sin embargo, su mensaje es claro: “Si Europa no aumenta sus inversiones en I+D, va a salir derrotada de la contienda”.

Por su parte, Caterina García y Pablo Pareja sitúan en su artículo las enormes transformaciones que están teniendo lugar en Asia Oriental y que, estimuladas por el citado desarrollo económico de base industrial, influyen de manera determinante en el sistema internacional, al que presentan nuevos retos que podrían cuestionar el ya de por sí delicado equilibrio de seguridad regional, caracterizado, entre otros factores, por la ausencia de organizaciones supranacionales que agrupen al conjunto de la región y, al mismo tiempo, por la permanencia de heridas aún abiertas entre los estados, causadas por la colonización japonesa, la Segunda Guerra Mundial o el *calentamiento* que experimentó en Asia la Guerra Fría. En su artículo, los autores abordan en particular uno de los principales riesgos para la seguridad de Asia Oriental, el de la inseguridad energética, resultado de la escasez de recursos autóctonos y la consiguiente dependencia del exterior que, a su vez, da lugar en el área a concurridas disputas entorno a las pocas regiones ricas en recursos, como las Islas Spratly. Asimismo, la dependencia de recursos condiciona el establecimiento de alianzas en política exterior y entorno a que intereses geopolíticos se forjan las agendas de política exterior de Asia Oriental. Con ello, y en un mundo globalizado y cada vez más interdependiente, los autores exponen como las necesidades energéticas repercuten sobre la seguridad y la economía globales, algo que se desprende fácilmente de un análisis detallado de las economías de Oriente Medio o de las pautas comerciales de los países europeos. Los autores concluyen que la presión sobre la demanda energética global que ejerce Asia se ha traducido principalmente en dos hechos: a) el ascenso de nuevos actores no estatales al primer nivel de las relaciones internacionales regionales, tales como empresas energéticas, ONG ambientalistas y comunidades epistémicas, que conviven con la rígida concepción, aún presente, de la soberanía del Estado y del principio de no ingerencia; y b) la mayor autoconsciencia de Asia Oriental como región, lo que poco a poco, constituye la base sobre la que edificar un marco institucional regional. Todo ello, alimentado por la tendencia a una mayor creación de confianza que generan el aumento exponencial de los intercambios y la convergencia progresiva de las agendas políticas.

Max Spoor, en el título de su artículo, juega con la expresión china “caminando con las dos piernas”, para generar la metáfora que define su estudio del crecimiento económico chino. Y es que dicha imagen, sustentada por la transformación de China hacia niveles tecnológicos superiores, es un verdadero paradigma de los cálculos de oportunidad y riesgo. El autor analiza el papel de China en la corrección de ciertos desequilibrios que caracterizan actualmente a la economía mundial, dominada por las economías de la OCDE. Por lo menos en términos de volumen, las economías de China (el consabido “Dragón”) y de India (“el Elefante”) ya pasaron en valores absolutos a la economías de Japón y –en un futuro no muy lejano– se acercaran a la de Estados Unidos, pese a que, ciertamente, sus ingresos, medidos por cápita sigan estando todavía muy lejos. El autor afirma que si bien es cierto que existe dicha igualación, también lo es el surgimiento de tres nuevos desequilibrios: a) la nueva división mundial entre países con grandes superávits en la balanza por cuenta corriente (como China y Japón, pero también Alemania), y algunos países con grandes déficits, como Estados Unidos, Reino Unido y España; b) la dominación de las reservas internacionales de divisas por China y Japón, que en 2007 tenían más de la mitad del volumen total mundial, utilizado en gran parte para financiar el déficit de Estados Unidos (y como *buffer* para sus tasas de cambio); y c) la influencia enorme, especialmente de China, en el mercado de materias primas y energía, con un impacto importante en los precios internacionales. Spoor argumenta que la financiación (principalmente desde China) está llegando a la economía que teóricamente menos lo necesitaría (la de Estados Unidos) y que, por lo tanto, este financiamiento no se está dirigiendo a los países en desarrollo, que son los que más lo necesitan y que podrían ver como se complica su acceso el crédito, en particular para los países en desarrollo más pobres.

Ya en la segunda parte de este monográfico, el énfasis de las contribuciones se sitúa en la posición de China y en la visión que el país tiene sobre su propio rol emergente, que influye en debates como el del peligro medioambiental ligado a su rápido desarrollo, y en las consecuencias que, por ejemplo, puede tener este último para el crecimiento de sus ciudades. Seán Golden nos presenta su análisis sobre la percepción china del riesgo y como el país ha experimentado una gran continuidad a lo largo de más de dos milenios. En una primera parte, el autor expone la visión estándar euro-americana del riesgo, que se caracteriza por sopesar la probabilidad de que ocurra algo, con el coste que se supondría si ocurriera; a partir del resultado, se definen las posibles estrategias de gestión del riesgo. Esto supone una diferencia respecto de la cultura tradicional china, que se muestra más adversa al riesgo, dando prioridad absoluta a la armonía, opuesta al desorden. La concepción del riesgo en la cultura china tradicional, observa Golden, está influenciada de manera determinante por el tratado milenario *Sunzi bingfa* (“El arte de la guerra de Sunzi”), que presenta un modelo que combina factores cualitativos y cuantitativos en la elaboración de distintos escenarios de riesgo, ponderadores de las estrategias de gestión

del riesgo, ya sea para evitar lo peor, como para obtener lo mejor de cualquier momento crítico de las situaciones de riesgo. Tras establecer el trasfondo cultural, el autor analiza los contextos internos y externos que suponen riesgos para la estabilidad y el desarrollo de China, contrastándolos tras el filtro de los paradigmas euro-americano y chino de análisis de riesgo, este último tras una de las aportaciones más recientes del pensamiento chino a la disciplina de las relaciones internacionales como es el concepto del Poder Integral Nacional (*Comprehensive National Power*), y que también tiene sus orígenes en Sunzi, un elemento que demuestra nuevamente la continuidad de la percepción china del riesgo.

A continuación, Murat Arsel introduce la discusión sobre la “catástrofe ambiental” que podría acompañar al milagro económico de China. Por un lado, el recoge aquí posicionamientos que –sin poner en cuestión la necesidad del crecimiento chino– analizan con preocupación los efectos globales del desarrollo económico del país en términos ambientales. Al abordar el tema, el autor cita las opiniones más alarmistas, que nos traen a la memoria el viejo discurso sobre el “peligro amarillo”, actualizado a día de hoy con metáforas como la de China como “coche bomba”. Sin negar los graves problemas que existen, podemos afirmar que tales posiciones, al enfocarse solamente en la insostenibilidad del modelo chino, despolitizan las inquietudes sobre la insostenibilidad del modelo capitalista en general. En realidad, la proliferación de los problemas ambientales en China es coherente con otras experiencias históricas. Sin embargo, desde 2009, China está “ganando” a los Estados Unidos en términos de emisiones de gases de efecto invernadero, y deteriorando rápidamente su biodiversidad. Su proceso de rápida urbanización ha causado que entre las 20 ciudades mundiales con mayor contaminación de aire, 16 sean chinas. Ello es debido a que en las primeras décadas del desarrollo de China se prestó muy poca atención a la sostenibilidad del modelo. En los años setenta se tomaron algunas medidas, después de haber negado durante dos décadas que dentro de un Estado socialista pudieran existir problemas ambientales. Desde el principio de la década de los ochenta, junto con la introducción de reformas económicas, se pusieron en marcha más políticas e instituciones para proteger el medio ambiente. Sin embargo, con cada vez mayores problemas de polución y degradación del medio ambiente, la implementación de estas medidas de protección resultó bastante débil e insuficiente; una situación agravada por la ausencia de sanciones y la elevada corrupción. Ya en tiempos más recientes, la globalización de la economía china ha tenido algunos efectos positivos sobre este panorama, ya que la opinión pública internacional, canalizada en algunos casos a través de ONG y de los medios de comunicación, ha favorecido que el sector privado actúe de un modo más responsable, mientras que las instituciones y políticas medioambientales chinas han podido sacar provecho de la ayuda internacional. Como ya se ha apuntado, ahora el país se encuentra en el punto de “adelantar” a Estados Unidos como el más grande emisor de gases del planeta, aunque siga estando lejos de ocupar

esta posición si tomamos esta medida por cápita. En este contexto, el autor se interroga sobre si China debería desacelerar su economía para poder controlar el crecimiento de su “huella ambiental”, y –a modo de respuesta– nos recuerda que parte de este espectacular crecimiento se debe a “la sed insaciable de consumidores occidentales” por sus productos. El artículo termina con la propuesta de “medio-ambientalizar la seguridad”, lo que supondría convertir el derecho de emitir gases contaminantes en una arena de conflicto. A lo que podemos añadir aquí una ulterior reflexión, y es que una discusión seria sobre la falta de sostenibilidad del modelo chino no se puede mantener desviando la atención de los países capitalistas de Occidente, en los que precisamente se encuentran los orígenes del problema del calentamiento global.

En la siguiente aportación a esta segunda parte, de nuevo centrada en China, Roberta Zavoretti examina la creciente desigualdad en las ciudades del país, dejando aparte la enorme brecha entre campo y ciudad, y aborda particularmente la falta de acceso generalizado a servicios sociales adecuados. El artículo recalca que los impresionantes datos sobre el crecimiento económico chino no son suficientes para medir el bienestar. Además, la desigualdad de ingresos no tiene en cuenta las diferencias entre inmigrantes rurales y residentes tradicionales urbanos, ya que los enfoques monetaristas no logran captar el componente no-monetario y no-mercantilizado. Para medir el bienestar, se tiene que desagregar la unidad familiar y diferenciar por género, valorando la distribución de bienes e ingresos dentro de esta unidad. La autora aplica aquí la teoría de las titularidades (*entitlements*) del ganador del premio Nobel de Economía, Amartya Sen, para mostrar que el desarrollo del bienestar en una China que crece tan rápido no es para todos los expertos tan prometedor; para ellos, la migración y la privatización de un gran número de Empresas de Propiedad Estatal (EPE) ha comportado el fracaso de las titularidades, con pérdida de empleo, encarecimiento de los alimentos y desaparición de sistemas de seguridad social a través de la *Danwei* (unidad de trabajo). Asimismo, como resultado de la política del “hijo único”, la misma unidad familiar se ha ido empequeñeciendo. El capítulo también analiza el creciente número de conflictos laborales en las ciudades, aunque las autoridades chinas han podido fragmentar las luchas de diferentes grupos, siendo flexibles a veces y extremadamente duras en otros momentos. Al hecho que el crecimiento de la renta no es necesariamente sinónimo de bienestar, la conclusión más relevante del capítulo es que también en el caso de China (aunque con validez en un sentido más general) hay que tener en cuenta el “elemento cultural” en todo el análisis de los conflictos laborales, así como la posibilidad de inestabilidad social por el fracaso de las titularidades de grandes capas de la población, a pesar del crecimiento espectacular del país.

Esta segunda parte se complementa con dos artículos centrados en la India y un tercero sobre Indonesia y su construcción nacional. El primero es un artículo que amplía el enfoque previo sobre China mediante una detallada comparación con India. Sanjay

Peters, analiza los dos diferentes modelos de crecimiento y desarrollo que han adoptado China e India. Para evidenciar las diferencias, subraya que el crecimiento de China (desde principios de los años noventa) ha sido más dependiente de la Inversión Extranjera Directa, aunque también destaca el hecho de que haya sido más exitoso a la hora de transformar la cultura tradicional, en lo que se refiere a la gestión de empresa. El autor no alimenta el debate sobre qué economía podría finalmente “triunfar” sobre la otra, sino que se centra más en el desarrollo complementario dentro de la economía asiática que estas dos parecen tener. Sin embargo, se constata que la dicotomía que hemos visto presentar muchas veces, entre China como fábrica e India como laboratorio del mundo, es errónea, ya que ambos países necesitan crecer más y diversificar (cosa que ya hacen parcialmente). El incremento de las relaciones entre estas dos economías también es muy importante y con destacables implicaciones para Europa, como demuestra el hecho de que ya en el 2007, China substituyó a la UE como principal socio comercial de India. Peters es bastante optimista respecto a las repercusiones de la creciente demanda de materias primas en las economías exportadoras de estas mercancías en África y América Latina. Otros impactos en las economías de la OCDE son evidentes, como la deslocalización de industrias. Y más diferencias entre las dos mayores economías de Asia se pueden encontrar en las infraestructuras, que están más desarrolladas en China; en la educación –que es más potente en India–; en la democracia de India, que contrasta con la autocracia china; en la relativa juventud de India en comparación con China; en la mencionada dependencia (o atracción) de China por las inversiones extranjeras, que no se corresponde con el más endógeno crecimiento de India, y, finalmente, en la mayor apertura de China hacia el mercado internacional, que contrasta con la economía relativamente más cerrada de India.

Finalmente, esta parte se cierra con un enfoque más particular, mediante dos estudios específicos que reflejan la doble dinámica del riesgo y la oportunidad. El primero constata que uno de los principales futuros escenarios de riesgo, y con especial virulencia en Asia, es el de los conflictos intraestatales, cada vez más relevantes, a medida que disminuye la probabilidad de que estallen conflictos interestatales gracias a la mayor interdependencia de Asia Oriental. Así, las principales amenazas a la integridad del Estado provienen, cada vez más, del interior del mismo, debido a conflictos irresueltos que obedecen a tensiones étnicas, religiosas, políticas o socioeconómicas, entre otras muchas. En este ámbito, la India deviene uno de los estados más significativos, en el que la enorme diversidad interna supone un valor, pero que combinada con otros factores, como la violencia o la marginación, constituye un riesgo crucial para la llamada “democracia más grande del mundo”. Y si algún territorio indio merece un análisis particular, por poco transparente y compleja, ésta es sin duda la región del nordeste del país, que deviene el marco del análisis elaborado por Jordi Urgell y María Vilellas, que describen

con detalle el extremadamente complejo mapa de los conflictos presentes actualmente en esta región periférica, de marcado contenido étnico-tribal y que ha dado lugar al surgimiento de entre 30 y 50 organizaciones insurgentes, activas actualmente. El artículo es el resultado en un estudio sobre el terreno que llevaron a cabo los dos autores y que pone en relación la información obtenida en más de 50 entrevistas, realizadas a un amplio abanico de académicos y especialistas, activistas sociales, trabajadores de ONG, así como activistas por la paz presentes en el área. Una vez recopilada dicha información, y expuestos los antecedentes históricos que dan sentido a la situación actual, los autores exploran los diferentes niveles en los que se desarrolla el conflicto, atendiendo a su naturaleza multifactorial y a los diversos relatos que, en paralelo, se generan del mismo. El texto aborda, entre otros, elementos tan significativos como la respuesta del Gobierno indio ante la insurgencia, las implicaciones nacionales e internacionales que se originan de ella, o lo que denominan “el relato ausente”, en este caso, el de la violencia de género subyacente en un entorno de violación generalizada de los derechos humanos. Según se desprende de lo que nos muestran los autores, la mujer encarnaría la ambivalencia que es hilo conductor del monográfico. Es que debido a su rol más igualitario en las sociedades tribales, las mujeres se han visto inmersas activamente en la violencia (constituyendo el 15% de los combatientes en algunos casos registrados), sin embargo, esto les otorgará un papel importante en una futura construcción de la paz, gracias a su vinculación a grupos de la sociedad civil y su poder simbólico, “como las guardianas de la cultura, la identidad y la tradición en un contexto en el que estos tres elementos han estado en el centro de los conflictos, o como madres y, por tanto, como naturalmente vinculadas a la paz. A modo de conclusión, los autores finalizan su texto preguntándose sobre las perspectivas de solución y de generación de una paz sostenible, algo que parece difícil de entrever en el corto plazo.

El monográfico se cierra con otro artículo específico, elaborado por Manuel Montobbio, dedicado al proceso político que ha dado lugar a la Indonesia actual, un caso especialmente significativo debido a la gran diversidad étnica del país. Analizando sus enormes diferencias centro-periferia y el proceso de independencia de Timor Oriental, concluimos de la mano del autor, que el país reviste suma importancia tanto para la estabilidad social y política del Sudeste Asiático como para el desarrollo económico de la región. Indonesia es el mayor país islámico del mundo –y por supuesto de Asia–, con 240 millones de habitantes, una cuarta parte de la población india. En palabras de Montobbio, Indonesia “constituye de alguna manera un milagro, una apuesta, una afirmación voluntariosa”, un mapa de minorías conformado principalmente por comunidades no islámicas, concentradas en las numerosas islas del archipiélago. La más importante, por supuesto, es la minoría china, de *solamente* seis millones de personas, pero con mucha más influencia que el resto de la población, ya que controla aproximadamente el 70%

de las empresas indonesias que cotizan en la bolsa. Así, vemos como Indonesia ha sido capaz, a pesar de muchas tensiones, diferencias, religiones y distancias, de construir un Estado federal que, en la actualidad, es el fruto obtenido tras diversas fases de desarrollo político del país, desde Sukarno hasta la toma del poder por parte de Suharto, tras los hechos de septiembre de 1965, y el establecimiento del “nuevo orden”. Tras relatar la dimisión de este último y la transformación democrática del país, el texto incide en la profunda crisis económica de 1998 y como ésta dejó sus huellas en una alta tasa de pobreza, truncando 20 años de desarrollo. De este modo, la contribución que aquí se recoge nos permite constatar que Indonesia se enfrenta a considerables riesgos relacionados con la inestabilidad social y los conflictos étnicos y religiosos (como en Aceh, y los actos de terrorismo en Bali). Sin embargo, existe también un escenario positivo que hay que considerar: la posibilidad de que Indonesia protagonice “un proceso de avance progresivo virtuosamente retroalimentado”, en palabras del autor.

En su conjunto, los autores que contribuyen a este número de *Afers Internacionals*, coinciden en resaltar el gran dinamismo que existe en Asia, y –aunque es preciso sopesar muchos riesgos como los aquí examinados– el espacio para las oportunidades es también muy amplio. En opinión de los coordinadores de esta edición especial, un mayor compromiso con estos países, política, económica y culturalmente, debería permitirnos entender mejor el alcance de dichos riesgos y ayudarnos a contenerlos en mayor medida.

La Haya y Barcelona, enero de 2010

Max Spoor* y Seán Golden**

*Profesor de Estudios de Desarrollo en el Institute of Social Studies (La Haya),
Erasmus University Rotterdam. Profesor visitante en el IBEI

** Director del Instituto de Estudios Internacionales e Interculturales, Universidad Autónoma de Barcelona.
Investigador Senior Asociado, CIDOB